

LA SAGRADA TEOLOGÍA Y LA TRANSFIGURACIÓN DEL ALMA

Introducción

Entendemos por transfiguración del alma, el cambio perfectivo que se da en el alma del hombre, por el aporte de formas perfectivas que no se consideran en un principio en la misma. Este cambio perfectivo se da en el orden natural y sobrenatural. Consideraremos el aporte de la Sagrada Teología en esta transfiguración.

I.- La transfiguración natural del alma

El hombre es un compuesto de alma y cuerpo. Su riqueza fundamental, en su esencia, está dada por su alma espiritual que le concede el ser no sólo a semejanza de Dios; sino también a su imagen, ya en el orden natural; en cuanto es una semejanza originada a partir de Dios, quien le concede ser una imitación suya en un orden espiritual (1).

En el alma, están las potencias del alma que son principios próximos de operación del alma. Destacamos entre ellas a la inteligencia y voluntad, que son potencias racionales. A los sentidos interiores superiores (cogitativa, memoria e imaginación); y al concupiscible e irascible del orden apetitivo; que son racionales por participación. En estas distintas potencias y facultades del alma, se asientan las distintas virtudes naturales del alma, por las cuales ya se considera una cierta transfiguración natural del alma. Se distinguen las virtudes intelectuales y las morales. Las virtudes intelectuales son el intelecto, la ciencia, la sabiduría, la prudencia y el arte. Las virtudes morales son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Con ellas y por ellas, y bajo la moción divina, el hombre encuentra su perfección humana, que culmina en un conocimiento natural analógico de Dios y en un amor consecuente.

Entre las virtudes intelectuales, destacamos especialmente a las ciencias y a la filosofía. Dentro de la filosofía está la Metafísica, cuya parte más elevada es la Teología natural que lleva a un conocimiento natural y real de Dios, principio y fin de todas las cosas.

El conocimiento es especulativo y práctico. El conocimiento especulativo es puramente considerativo. El conocimiento práctico no sólo es considerativo, sino que se extiende a la operación e incluso a la realización de obras exteriores.

Por el conocimiento, “el alma es en cierta manera todas las cosas (2)”. Por las formas intencionales del conocimiento y sus diversas iluminaciones. Por el conocimiento natural, que incorpora a las cosas y en cierta manera a Dios al hombre,

hay un perfeccionamiento y transfiguración natural del hombre. Especialmente por el conocimiento metafísico, que es un conocimiento superior que en cierta manera engloba en sí a todos los otros conocimientos naturales. En cuanto las formas superiores contienen a las inferiores (3).

También por el conocimiento práctico y las virtudes correspondientes, el hombre se perfecciona en su intelecto, se configura a sí mismo, especialmente en el orden moral, y causa una transfiguración en las cosas.

El orden del amor, aunque más propio del mismo sea la inclinación, tiene también la razón de semejanza. Y contribuye grandemente a esta transfiguración natural. En esta vida, es mejor amar a Dios que conocerlo.

Dado que el esse y las operaciones de las cosas se dan realmente en los singulares, la perfección de la filosofía y de las ciencias requiere una constante atención a los singulares, para que la mente no se pierda en un debilitamiento de su realismo.

II.- La transfiguración sobrenatural del alma

Consideraremos el influjo de la gracia y del Cristo Redentor.

1.- El influjo de la gracia

Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo es el creador del cielo y de la tierra. Dios creó al hombre fuera del fin sobrenatural de la vida eterna, pero en orden al mismo. El hombre, ayudado por Dios y por su gracia, debe luchar en el camino sobrenatural a la vida eterna, para superar sus limitaciones y pecados.

El hombre recibe de Dios, básicamente, la gracia santificante en la esencia del alma; y las virtudes teologales y morales y los dones del Espíritu Santo, en las potencias racionales del alma. Las virtudes teologales son la fe, la esperanza y la caridad. Las virtudes morales infusas se reducen a la prudencia, justicia, fortaleza y templanza. Los dones del Espíritu Santo son el intelecto, sabiduría, ciencia, consejo, piedad, fortaleza y temor de Dios. Para el funcionamiento de este edificio espiritual, Dios proporciona auxilios iluminativos y motivos de orden sobrenatural.

También están las llamadas gracias gratis datae, que aunque no sean santificantes de quien las recibe, sin embargo, ayudan a la santificación de otros. Como dice el Apóstol: “Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro fe en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en el mismo Espíritu; a otro operaciones de milagros; a otro profecía, a otro discreción de espíritus, a otro género de lenguas, a otro interpretación de lenguas” (4).

Por el orden de la gracia, Dios concede al hombre, por encima de su condición natural y propia de animal racional, una participación de la naturaleza divina en el orden entitativo y operativo. Esto importa, en el hombre, una transfiguración sobrenatural en el orden entitativo y operativo. La gracia santificante excluye al pecado.

Este orden culmina en el cielo, en la visión beatífica, en donde los bienaventurados, reforzados en su intelecto por la luz de la gloria, ven a Dios por su esencia y sin especies creadas. Pero ya en la tierra, el hombre perfeccionado por la gracia, ingresa en el orden de los misterios de Dios y de las creaturas. Puede operar divinamente en orden a la intimidad de Dios.

En el orden del conocimiento, Dios le concede al hombre principios operativos para el conocimiento sobrenatural. Estas virtudes y dones perfeccionan especialmente a la inteligencia del sujeto humano. Este perfeccionamiento y transfiguración no rechaza la naturaleza substancial del hombre, ni sus principios operativos, ni la legítima cultura humana. Al contrario, hay una tendencia al complemento y unidad. Pero de todas maneras, la fe y los otros principios del conocimiento sobrenatural, para la intelección en el orden de los misterios, requieren una constitución y auxilios divinos del orden sobrenatural, especialmente por modos de iluminaciones, mociones, especies inteligibles, e incluso complementos del orden afectivo. De lo contrario, no tendrían una proporción adecuada con respecto a los misterios sobrenaturales. Como dice el Concilio Vaticano I: “Si alguno dijere que en la relación divina no se contiene ningún verdadero y propiamente dicho misterio, sino que todos los dogmas de fe pueden ser entendidos y demostrados, por medio de la razón debidamente cultivada partiendo de sus principios naturales, sea anatema” (5).

Hay que notar, sin embargo, que ya el mundo natural, está en cierto modo proporcionado por Dios para llevar a una cierta intelección de la Trinidad. Y que incluso pueden darse ciertas transfiguraciones sobrenaturales de las especies naturales para la intelección de los misterios (6).

S. Tomás de Aquino sostiene que el misterio de la Trinidad no puede ser descubierto por la sola luz natural de la razón: “Pues se ha manifestado arriba que el hombre por la razón natural al conocimiento de Dios no puede llegar a no ser por las creaturas. Pero las creaturas conducen al conocimiento de Dios, como el efecto a la causa. Por consiguiente, por la razón natural esto sólo puede conocerse de Dios, que necesariamente le compete a él según que es principio de todos los entes: y a este fundamento lo usamos arriba en la consideración de Dios. Pero la virtud creativa de

Dios es común a toda la Trinidad: por donde pertenece a la unidad de esencia no a la distinción de las personas. Por consiguiente por la razón natural pueden conocerse de Dios aquellas cosas que pertenecen a la unidad de esencia, pero no aquellas que pertenecen a la distinción de las personas” (Summa Theol. I,32,1,c).

Y en la respuesta a la segunda objeción hace una importante aclaración: “Al segundo hay que decir que en orden a alguna cosa la razón se induce de un doble modo: De un modo, para probar suficientemente alguna raíz: como en la ciencia natural se induce una razón suficiente para probar que el movimiento del cielo siempre es de velocidad uniforme: De otro modo se induce la razón, no que suficientemente pruebe la raíz, sino que ya puesta la raíz muestre la congruencia con los consiguientes efectos: como en la astrología se pone la razón de los excéntricos y de los epiciclos por esto que, hecha esta posición pueden salvarse las apariencias sensibles acerca de los movimientos celestes: pero sin embargo esta razón no prueba suficientemente, porque acaso también realizada otra posición pueden salvarse. Por tanto en el primer modo puede inducirse una razón para probar que Dios es uno, y cosas semejantes. Pero en el segundo modo se tiene la razón que se induce para la manifestación de la Trinidad: porque a saber, puesta la Trinidad, son congruentes las razones de este modo; pero no de tal manera que por estas razones suficientemente se pruebe la Trinidad de las Personas.”

En la Summa Theol. I, 45, 6, el Aquinate dice: “...crear no es propio de alguna Persona, sino común a toda la Trinidad.

Sin embargo las divinas Personas según la razón de su procesión tienen causalidad respecto de la creación de las cosas: Pues como se ha manifestado arriba, cuando se trató de la ciencia y de la voluntad de Dios, Dios es causa de las cosas por su intelecto y voluntad, como el artífice de las cosas artificiales. Pero el artífice por el verbo concebido en el intelecto, y por el amor de su voluntad referido a alguno, opera. De donde el Padre ha operado a la creatura por su Verbo, que es el Hijo; y por su Amor, que es el Espíritu Santo. Y según esto las procesiones de las Personas son razones de la producción de las creaturas, en cuanto incluyen a los atributos esenciales, que son la ciencia y la voluntad.”

Y luego, de un modo consecuente, en el art. 7 dice: “...por consiguiente en las creaturas racionales, en las cuales son el intelecto y la voluntad, se encuentra la representación de la Trinidad por modo de imagen, en cuanto se encuentra en ellos el verbo concebido y el amor procedente.

Pero en todas las creaturas se encuentra la representación de la Trinidad por modo de vestigio, en cuanto en cualquier creatura se encuentran algunas cosas que es necesario reducir en las divinas Personas como en su causa. Pues cada creatura subsiste en su ser, y tiene la forma por la cual se determina a la especie, y tiene orden hacia algún otro. Por consiguiente según que es cierta substancia creada, representa a la causa y principio: y así demuestra a la Persona del Padre, que es principio no de principio. Pero según que tiene cierta forma y especie, representa al Verbo; según que la forma del artefacto es a partir de la concepción del artífice. Pero según que tiene orden, representa al Espíritu Santo, en cuanto es Amor: porque el orden del efecto hacia algún otro es por la voluntad del créante.

Y por consiguiente dice Agustín, en el VI lib. De Trin. que el vestigio de la Trinidad se encuentra en cada creatura, según que uno alguno es, y según que por alguna especie es formado, y según que cierto orden tiene..."Cf. Sab 11/21.

Y se habla de una imagen del Dios uno y trino en el orden natural y sobrenatural, etc. Cf. Summa Theol. I,93.

Es decir, en las creaturas hay una imagen y semejanza con respecto al Dios uno y trino, que es el misterio supremo y fundamental. Hay una analogía entre el orden natural y sobrenatural. Hay una distinción pero no una repugnancia de por sí excluyente. Hay limitación en el conocimiento natural de la creatura, que no percibe aspectos de la inteligibilidad del mundo. Y se da la existencia del mal y del pecado.

Pero, en la creación, ya hay algo que puede ser asumido bajo la luz sobrenatural del cristiano para la intelección de los misterios. Esto vale originariamente para la fe y la profecía; pero se extiende analógicamente para los otros dones formalmente sobrenaturales del conocimiento.

En el cielo, Dios concede a los bienaventurados la visión beatífica. Esta importa un conocimiento de Dios cara a cara, o sin imágenes creadas; de modo inmediato y por la misma esencia divina. En la tierra, el conocimiento de los misterios que están por encima de la razón, se hace con la luz sobrenatural que Dios proporciona y con especies o imágenes sobrenaturales que resultan en el alma. Estas especies o imágenes sobrenaturales, pueden darse por Dios por una impresión inmediata en el alma; o también suponiendo el aporte natural de la realidad natural y de la cultura humana, pero ordenando y elevando el material de las especies correspondientes de modo que digan también un orden a los misterios. (7)

Se da alguna intervención de los ángeles (8), y de los predicadores. Más aún, teniendo en cuenta la inteligibilidad correspondiente a los misterios y salvando la libertad divina, hay que tener en cuenta una causalidad objetiva intencional de los mismos, que puede acompañar a la causalidad objetiva intencional natural y que recién se plenifica en el intelecto sobrenaturalmente iluminado de la creatura racional.

2.- El influjo del Cristo Redentor.

Jesucristo es el Hijo de Dios encarnado por nosotros y por nuestra salvación. Se da también la misión del Espíritu Santo. La encarnación redentora de Cristo es la máxima obra de Dios en el mundo. La elevación de la naturaleza humana de Cristo al interior divino, para que subsista y exista en la persona divina del Verbo, importa de un modo consecuente, la elevación de sus accidentes naturales y sobrenaturales. Y en cierta manera una elevación del universo natural y sobrenatural.(9). La naturaleza humana de Cristo es instrumento universal de salvación. Instrumento de comunicación de la revelación y de la gracia. El Cristo Redentor, se acompaña con la Virgen María, Madre de Dios y Corredentora subordinada al mismo, e instituye a la Iglesia para la salvación de los hombres. La Virgen María es Madre de la Iglesia y Sede de la sabiduría.

III.- La Sagrada Teología

La Sagrada Teología es la ciencia y sabiduría de Dios en cuanto Dios y de las cosas de Dios a la luz de la revelación virtual.

La revelación divina se da en el alma por modo formal y por modo virtual. Por modo formal en las verdades reveladas en sí mismas, como la creación y la Trinidad en Dios.

Por modo virtual, en verdades que no están reveladas en sí mismas, sino que están reveladas en las formalmente reveladas y requieren, para su conocimiento, un uso posterior de la razón, y más precisamente de la S. Teología. Como es por ejemplo la verdad de que en Dios existen cuatro relaciones reales opuestas y distintas entre sí.

En la S. Teología se presupone la existencia de la luz de la gloria o de la luz de la fe, en el alma, y se añade el uso de la razón natural. La razón funciona como instrumento de la luz de la gloria o de la luz de la fe. Y de esta manera, en el uso de la razón resulta una elevación sobrenatural que la habilita para obrar sobrenaturalmente y por encima de su operación natural, en orden a la conquista de las verdades virtualmente reveladas.

La luz de la S. Teología, queda también como algo permanente y habitual en el alma, dado que el hombre, no es un instrumento inanimado, sino viviente y racional.

Este hábito resulta como una derivación de la luz de la gloria o de la fe divina (10). La especificación de la S. Teología es por la luz de la revelación virtual en orden a Dios en su misterio. Por la S. Teología, la creatura racional queda habilitada para penetrar con su razón, en ese mundo de la realidad y verdad sobrenatural, que se contiene en la revelación virtual.

Esta condición sobrenatural de la S. Teología, exige en la misma la existencia de una luz sobrenatural, de especies inteligibles de alcance sobrenatural e incluso de una lógica sobrenatural.

Se realiza internamente en la S. Teología, una transfiguración de las especies naturales, que resultan en la misma por el aporte de la razón. Hay que tener en cuenta que la revelación divina se realiza no sólo con palabras, sino también con cosas y acontecimientos históricos, como la zarza ardiente y el cruce del mar Rojo. Y sobre todo con la humanidad de Cristo y por la humanidad de Cristo. Y que el mismo mundo natural ya está de alguna manera proporcionado al orden de los misterios, en tanto algo de las divinas personas se traduce en los efectos causados por el Dios uno y trino.

También hay que tener en cuenta que las realidades intrínsecamente sobrenaturales como la gracia y el carácter tienen una inteligibilidad objetiva sobrenatural, y están para ser recibidas por el hombre en su fe y en los otros dones sobrenaturales y consecuentemente en la S. Teología. Que Cristo tiene una resurrección gloriosa, en donde se da como un desborde del sobrenatural de su alma en su cuerpo. Que habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, al final de los tiempos. Que se dan como anticipos de ese mundo nuevo, no sólo en el interior del alma, especialmente por la gracia santificante, la caridad y los dones del E. Santo; sino también en el exterior, como por ejemplo en tiempos y lugares sagrados o en la misma presencia real de Cristo en la Eucaristía. Como dice la Escritura: "...el continuo anhelar de las criaturas ansía la manifestación de los hijos de Dios, pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta, con la esperanza de que también ellas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios" (Rom 8, 19-21).

De manera que la alimentación sobrenatural del alma en el orden del conocimiento especulativo y luego del amor y de la operatividad moral y artística sagrada, debe ser concebida a partir de Dios y de la luz sobrenatural que infunde en el alma. Pero no sólo a partir de lo intrínseco del alma, por la infusión de especies

completas para el conocimiento sobrenatural, sino también, por el mismo Dios actuando a partir del mundo, con una cierta mediación del mismo.

Y que en el mismo ejercicio de la razón natural, y conjuntamente a la misma, como se va dando un viaje, que culmina naturalmente en el alumbramiento del ser inteligible en la inteligencia, en los distintos planos de la analogía natural; se va dando, según la libertad divina, un ingreso más escondido de una semilla de lo sobrenatural, que recién tiene su ámbito más adecuado y perfecto de floración y fruto, en el nivel más elevado y espiritual del alma.

Todo esto vale analógicamente para la Teología Sagrada, que se encuentra en un límite entre lo natural y lo sobrenatural y accediendo a lo sobrenatural. Que se constituye y alimenta de lo sobrenatural; y lleva las riquezas del mundo natural y del conocimiento natural, para una elaboración y descubrimiento de la verdad divina, para el ejercicio del amor consiguiente, y de la operatividad moral y artística en el ámbito del misterio.

Conclusión

La Teología Sagrada es una forma cognoscitiva especulativa y práctica, inferior en el orden sobrenatural y por encima de todas las formas naturales del conocimiento.

Y realiza en sí un aporte importante en el ámbito de la transfiguración sobrenatural del alma, por el aporte de formas o virtudes sobrenaturales que se obtienen en el contacto de la luz formalmente sobrenatural y de la luz natural de la razón. Está con la obscuridad de la fe en este mundo; y con la claridad de la visión beatífica en el otro mundo. Y en cuanto forma superior tiene aptitud para contener a todo el conocimiento natural, especulativo y práctico, y a las cosas y personas contenidas en el mismo, en el modo sobrenatural que decimos virtual, que glorifica a Dios y al universo. Todo el conocimiento natural está al servicio del conocimiento de la Teología Sagrada.

P. FR. MARCOS RODOLFO GONZÁLEZ O.P.

NOTAS

- (1) S. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* I, Ed. Marietti, Taurini-Romae, 1950, I, 93, 1.
- (2) S. Tomás de Aquino, *Summa Theol.* Op. cit. I, 14, 1.
- (3) Cf. *Summa Theol.* I, 47, 2; 108, 6
- (4) *Sagrada Biblia.* Ed. Nácar-Colunga, BAC, Madrid 1955, I Cor 12, 7-10.
- (5) Cf. Denzinger-Hunermann, *El Magisterio de la Iglesia*, Ed. Herder, Barcelona 1999, n. 3041.
- (6) Cf. S. Tomás de Aquino, *Quaestiones Disputatae*, Ed. Marietti, Taurini-Romae, 1964, *De Veritate*, 12, 7; *Summa Theol.* Op. cit. II-II, 173, 2
- (7) Cf. *ib.* *Summa Theol.* II-II, 173, 2.
- (8) Cf. *Summa Theol.* Op. cit. II-II, 172, 2.
- (9) Cf. *Documentos del Vaticano II*, Ed. BAC, Madrid 1972, *Const. Lumen Gentium* 7.
- (10) Cf. *Summa Theol.* Op. cit. I, 1, 3, ad 2; I-II, 68, 3, ad 2.

LA SAGRADA TEOLOGIA Y LA TRANSFIGURACION DEL ALMA.

La Sagrada Teología es la ciencia y sabiduría de Dios en cuanto Dios a la luz de la revelación virtual. Por ella podemos penetrar legítimamente en el ámbito de los misterios, propiamente en el ámbito de lo virtualmente revelado. En ella, el hombre, con la ayuda de Dios realiza en su alma, una transfiguración que accede a lo sobrenatural, aunque en subordinación a la luz de la gloria, a la fe y a otros dones sobrenaturales, contando con los recursos del mundo natural, especialmente en el orden del conocimiento.

P. FR. MARCOS RODOLFO GONZÁLEZ O.P. Nacido en S. Miguel de Tucumán, Argentina, el 29 de agosto de 1938. Licenciado y Lector en Teología por la Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino de Roma. Tesis Lectoral: *De existentia aliquarum relationum in Deo.* (*Commentarius in Summa Theol. S. Thomae Aquinatis*, I, 28, 1. Profesor de Teología Dogmática en el Centro de Estudios Institucionales de la Orden de Predicadores en la Argentina. Profesor de Teología y Filosofía en el Convento de S. Domingo de Santa Fe, Argentina.

Doc. Id., L.E. 7069263. Dom. 9 de julio 1491 (3000) S. Fe. Argentina. Tel-Fax: 0342-4593818.